

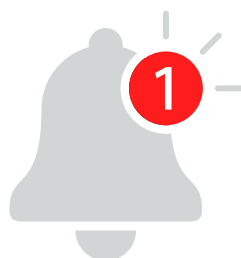
¿Se te **acaba** el tiempo!

SANDRA ANCHONDO PAVÓN



Y no hay tregua

«Estamos en una época donde la esperanza de vida está en su máximo histórico, pero nunca un hombre libre había tenido tan poco control sobre su propio tiempo».



Para el célebre crítico de la modernidad, Hartmut Rosa (2016), mientras que a los filósofos se les va la vida en el análisis y comprensión de la moralidad de nuestras acciones, la realidad es que la mayoría de nosotros no justificamos lo que hacemos cotidianamente en términos de horizontes morales y fuertes sistemas éticos, sino que lo hacemos en términos de eficiencia, requerimientos temporales y *deadlines*. No se puede entregar el informe mensual en cualquier momento, las convocatorias tienen plazos fijos, las demandas de amparo, se pasa el tiempo para poder hacer ese viaje con holgura, para poder tener un bebé sin que sea un riesgo, para conseguir un trabajo aceptable, para tomar esa oportunidad de negocio, para pedir en matrimonio a...

Entonces, dice Rosa, que las sociedades modernas y capitalistas, a pesar de que se nos aparecen tan libres a simple vista, están de hecho reguladas fuertemente por la temporalidad.

Puede ser cierto, porque llevamos ya unos cuantos años teniendo como eje central de nuestra civilización occidental a la eficiencia y la productividad; parece que tenemos estos dos principios como ídolos máximos e inamovibles a los que dedicamos toda nuestra atención y la mayor parte de nuestros recursos. Y en realidad es verdad que está bien visto que la mayoría de las horas hábiles, de la mayoría de nuestros días al año, estén consagrados a la producción, entregados a las exigencias de perfección y a la aceleración social. Necesitamos hacer cada vez

más y mejor, en menos tiempo. Esta exigencia, no da tregua. Si no corremos, llegamos tarde, se nos va el tren. Hay que empezar a tocar el piano a los tres años y aún así existe alguien, normalmente un chino (fuera de broma), que empezó antes y será considerablemente mejor, te «superará», hagas lo que hagas. Hasta el arte, que debería ser un ámbito para compartir, se ha vuelto altamente competitivo.

Así que hay que esforzarse e ir muy deprisa en varios rubros a la vez. Tememos por no llevar a la estimulación temprana a nuestros hijos, por miedo a que la vida los deje fuera de toda competitividad. Los plazos naturales, son ahora más bien pautas que deben transgredirse, pues quien no inició antes de lo esperado, quien no trabaja mientras los otros duermen o estudia mientras los otros tienen ocio, no va a llegar «a ningún lado». El éxito exige eso, sacrificar el tiempo y romper con los ritmos naturales que son de flojos o marginados. Es más, cuando no se puede acelerar algún proceso, como en el caso del embarazo y la crianza, las grandes CEO y las celebridades, optan por recurrir a la gestación subrogada y delegan las labores de cuidado a otras peor posicionadas, porque no hay tiempo que perder.

RENDIMIENTO Y AUTOEXPLOTACIÓN

Como ha dicho Byung Chul Han (2012), el sujeto moderno es el sujeto del rendimiento y para rendir al máximo hace falta la autoexplotación, que

no es otra cosa distinta de hacer más de lo debido a costa de la propia libertad. Las exigencias actuales de rendimiento y productividad, las constantes autoevaluaciones a las que nos sometemos para juzgar en qué lugar estamos cara a las expectativas propias y ajenas, nos superan como humanos que tienen una sola vida y un solo tiempo para vivirla. Parece que nos fuerzan a vivir de una manera muy distinta a nuestros antepasados cercanos y lejanos, pues hemos amoldado nuestras horas de sol a las actividades productivas/laborales y no a las necesidades y anhelos más humanos, tanto así que cada vez destinamos menos tiempo a los amigos, cada vez más padres y madres de familia delegan el cuidado de sus hijos, cada vez más personas comen en la oficina o en el metro. La «hora de comer» es llamativa, pues ha sido bajada de la categoría de ritual, donde la humanidad la había aupado, y es de nuevo reducida a una actividad animal de mera subsistencia, desprovista de los elementos que componen una comida humana.

Pero el momento de la comida y la convivencia familiar, no son los únicos ámbitos afectados por la aceleración social, pues estamos también desprovistos de ocio, de silencio y de tranquilidad, que tan necesarios son para preservar nuestra humanidad y no reducirnos al nivel espiritual de la hormiga trabajadora, que carente de toda personalidad trabaja compulsivamente para un sistema que desconoce y para el cual es sustituible.

Para Byung Chul Han, el imperativo del rendimiento es nuestro verdugo; para Rosa, la desaceleración es imposible dadas las estructuras que tenemos. Los trabajadores asalariados tienen muy poca voz sobre su estilo de vida, pues son empujados por la lógica social de la competencia, por las condiciones del mercado y el ritmo de vida de las ciudades que los envuelven y coadyuvan a determinar sus hábitos. Si deciden salirse de esa lógica, terminan convirtiéndose en una especie de renegados, condenados a vivir en las periferias y fuera del orden de la sociedad.

Y como muy pocos aceptan la marginalidad, suele pasar que aunque estamos sujetos a un orden que nos disgusta, lo elegimos libremente, sin la necesidad de un sistema frontalmente opresivo que nos «prohiba» ciertas cosas, seguimos la lógica de lo que debe ser, lo que está



**necesitamos
hacer cada vez
más y mejor, en
menos tiempo.
Esta exigencia,
no da tregua.**

presupuestado para un *homo laborans*. Entregados a la libre obligación de maximizar el rendimiento, el tiempo es el verdugo. Así, en los momentos de lucidez, solemos fijar nuestras esperanzas en algo que ponga fin a esa situación, que nos dé suficiente holgura económica para disponer con libertad de nuestro tiempo (como ganar la lotería, heredar o esperar la jubilación). Una curiosa forma de fijar fechas límite, aunque sea imaginarias, casi como hace Harry Haller, en *El lobo estepario*, cuando marca los 50 años como *deadline* para su suicidio y se consuela diciendo cada año, solo un poco más, solo un poco más.

Estamos en una época donde la esperanza de vida está en su máximo histórico, pero nunca un hombre libre había tenido tan poco control sobre su propio tiempo. La esclavitud moderna tiene mil rostros, lo interesante ahora está en que la entrega es libre y nos olvidamos de vivir persiguiendo metas que, bajo la promesa de una felicidad merecida, se escapan a cada segundo como liebres aceleradas. Lo más inquietante, ya no está en la pregunta de San Agustín que no era capaz de definir el tiempo, si se le preguntaba, sino en otra cuestión profundamente existencial: ¿qué estoy haciendo yo con mi único tiempo, qué hago yo con MI tiempo? Es sabido por todos que nuestro tiempo en esta vida es más bien poco pero en estas condiciones de alienación, en las que según Rosa estamos, paramos poco a preguntarnos ¿a qué lo estamos dedicando, por qué y para qué?

Tal vez la siguiente pregunta ayude a incomodarnos todavía más con estas reflexiones: ¿qué opinión le merecerían nuestras decisiones y acciones cotidianas a San Alfonso? Quien decía que la forma correcta de vivir era situarnos en nuestro lecho de muerte y vivir cada instante del presente como si lo estuviéramos recordando en esos últimos minutos. ¿En verdad querriamos atesorar lo que hacemos cada día y recordarlo antes de morir?

¿QUÉ OFRECE LA VIDA MODERNA?

Para voltear atrás y ver con paz y gratitud nuestras vidas, resulta indispensable haber dedicado buena parte de nuestro tiempo a lo humano, pero en la cotidianidad. Nuestra vida real es nuestra vida cotidiana, no sus paréntesis ni sus puentes o excepciones. No valdría tener un ritmo de vida desproporcionadamente entregado a lo superficial, pero tampoco al trabajo por el trabajo, para luego tomar unas extensas vacaciones, pues estas vacaciones solo tendrían la función de liberar, como la válvula de una olla de presión, todo lo acumulado por el desgaste. Y nos veríamos reducidos a la mentalidad escapista que, incluso hoy día, tienen los días feriados, la válvula de escape de nuestra jaula cotidiana.

La vida moderna nos ofrece comodidades y alternativas de comunicación y acceso a la información impresionantes, nos ha permitido presenciar innovaciones técnicas inimaginables, seguramente no todo deberían ser quejas, pero no podemos negar como un hecho que la aceleración que ha producido nos afecta de maneras serias tanto a quienes no pueden correr para subirse al tren imaginario del progreso, como a quienes sufren desde dentro de *burnout* o depresión, que muchas veces son dos caras de la misma moneda.

Pero esta aceleración no solo afecta al individuo y a su tiempo, sino también el modo en que nos relacionamos con lo material. Hartmut Rosa observa que es tan elevada la velocidad de intercambio de estructuras materiales que incluso

las denomina estructuras desechables. En conjunto, todos estos elementos degeneran en la percepción de avance hacia un futuro que no es un fin concreto, se pierde la percepción del progreso y se convierte en una sucesión de cambios episódicos dirigidos a ninguna parte y además a toda velocidad. Corremos hacia ninguna parte desde temprana edad y presionamos a otros para que lo hagan también. Hemos normalizado tanto lo patológico que incluso consideramos que las vidas como las que llevamos son buenas. Víctimas y verdugos de nuestras propias existencias, como decía Nicolás Gómez Dávila, ya no notamos la putrefacción del mundo moderno. Es síntoma de contagio.

El diagnóstico de Byung Chul Han y el de Hartmut Rosa, es similar y desalentador, pues aunque entendamos la gravedad del asunto, no parece que sea fácil encontrar soluciones, más allá de las válvulas de escape; el laberinto que nos somete, deja pocos espacios para intentar reestructurarlo, ni siquiera tenemos tiempo para pensarlo. Tener tiempo resulta indispensable, sin renunciar a medirlo, pero sin dejarse reducir por él.

El ser humano, desde su hominización ha estado preocupado por tener un mejor entendimiento del tiempo, pues el comprender tan importante elemento le ha permitido utilizarlo a su favor. Incluso antes del sedentarismo, la capacidad para medir con mayor o menor precisión el paso del tiempo debió ser una gran habilidad a la hora de determinar los horarios

el sujeto moderno es el sujeto del rendimiento y para rendir al máximo hace falta la autoexplotación, que no es otra cosa distinta de hacer más de lo debido a costa de la propia libertad.

de caza y el conocimiento de las estaciones para determinar las rutas migratorias. Las civilizaciones antiguas aprendieron a sacar provecho de las observaciones astronómicas y la lectura de cuerpos celestes e inventaron herramientas de medición como el reloj de sol, lo que les permitió profesionalizar la lectura del paso del tiempo. Ya desde los tiempos de Homero y Hesíodo hay registros de los modos para predecir los períodos óptimos de plantación o dando consejos sobre buenos horarios para navegar y realizar ciertas actividades que siguen siendo aplicables a las circunstancias de hoy; las legiones del imperio romano utilizaron el reloj de arena para coordinar sus movimientos y podríamos traer a cuento cientos de ejemplos más que demuestran cómo hemos sabido utilizar las herramientas de medición para el avance de nuestras civilizaciones.

Sin embargo durante la ilustración todo empezó a cambiar, se afinaron las herramientas y los métodos de medición en todas las ramas de la física, incluyendo al tiempo, y a raíz de la revolución industrial y el aumento brutal de trabajos asalariados, se volvió indispensable cuantificar las horas de trabajo para determinar el salario. Así poco a poco las herramientas surgidas para asistirnos en la vida humana se



fueron convirtiendo en una forma de opresión y, con el desmedido avance de la tecnología, la aceleración salió de nuestro control y dejamos de medir para empezar a ser medidos: ¿cuánto tardaste en aprender un idioma, cuánto tardas en entregar los informes, a qué edad terminaste la universidad, cuánto tiempo te llevó desarrollar estas habilidades, etcétera? Las respuestas a estas preguntas representan cuestiones que asociamos a nuestra identidad, creemos que nos definen, son importantes en el currículum y dan la impresión de garantizar una buena vida.

Casi nadie desea renunciar a las posibilidades que nos ofrece el mundo moderno para vivir con bienestar y sin embargo no sabemos cómo moralizar, incluso humanizar, el acelerado mundo que tenemos. La pobreza de tiempo vinculada a la precariedad es inmoral, también lo son el desgaste de una madre soltera que debe cumplir con doble jornada, de un jornalero que debe viajar más de tres horas a su lugar de trabajo y se queda sin tiempo para su descanso, el optimismo cruel que vendemos durante años al estudiante de alto rendimiento, el mito que anuncia que con esfuerzo y dedicación tendremos tiempo en el futuro. Normalizar estas formas de vida, no está bien. Zygmund Bauman (2009), Byung Chul Han (2012) y Hartmut Rosa (2016) se preguntan con preocupación si podremos desacelerar nuestras sociedades, otros hablan del decrecimiento como solución a los desórdenes causados por la modernidad acelerada que incluso consume desproporcionadamente rápido los recursos naturales de nuestra casa común, nuestro planeta (Latouche, 2009). Y quizás no sea fácil encontrar pronto una salida al laberinto en el que nos hemos metido, pero existen rutas para comenzar a cavarla y mejores vías para asomarnos a «tomar aire», más allá de las típicas válvulas de escape que normalmente incluyen excesos, todo tipo de desórdenes y falta de cuidado con nosotros mismos y con los demás. Sin duda existen, siempre han existido, maneras de detener, al menos, el tiempo subjetivo. Siempre hemos podido detener el tiempo a través de todo tipo de rituales.

EN LA RUEDA DEL HAMSTER

Walter Benjamin, otro gran crítico de la modernidad, dedicó mucho tiempo a reflexionar

sobre la pérdida de los rituales. Para este autor, hemos perdido toda posibilidad de afirmación personal, de participación creativa, pero también vamos perdiendo la tradición, el culto, las manifestaciones religiosas y, en general, la función poética y estética.

Respecto a la ritualidad en concreto, vale decir que no solamente estamos necesitados del espacio sagrado, del arte sacro o de las edificaciones consagradas a lo sacro, sino también de la posibilidad de detenernos en el tiempo. De sumergirnos en lo perenne y, aunque esto se ha vuelto sumamente difícil precisamente a partir de la modernidad, pues estamos tan poco habituados a la contemplación y al silencio, no es imposible porque forma parte de nuestro diseño humano. A pesar de la tiranía de la competitividad, de la aceleración, la productividad y el rendimiento, siempre es posible abrir un espacio en nuestra agenda para dejar de lado la presión, el teléfono celular... y pasar un rato con nuestros abuelos o hijos, disfrutar de una sobremesa, escuchar con atención el concierto *Emperador* de Beethoven, volver una vez más sobre *Aura* o sobre el Quijote, *La lentitud* de Kundera o los *huetlahtolli*. Así, poco a poco vamos abriendo

camino a lo bello de lo humano hasta llegar a lo sobrehumano. Volver a tener tiempo para la contemplación de lo más pequeño, como la sonrisa de un niño, y de lo más alto, como la Santa Misa.

A todos nos pasa que de pronto nos vemos en la rueda del hámster sin poder parar, la imagen que utiliza Hartmut Rosa es la de las escaleras eléctricas hacia abajo, donde si no haces el esfuerzo por subir, si te quedas quieto, caes al abismo. Sin embargo, a veces es posible llegar a buen puerto con todo y el movimiento de las escaleras o tomar un elevador. Recuperemos la esperanza en un mundo mejor, podemos empezar por buscar momentos de desaceleración tanto a nivel personal como corporativo. Pero, lo que resulta imprescindible es no dejar de mirar con ojos críticos los estilos de vida que nos ha propuesto la modernidad, no descartemos un futuro ancestral, con tiempo para contemplar una fogata o la sonrisa de nuestros hijos, para cuidar a nuestros padres de mayores, para escribir poesía, comer en familia o ser capaces de dejar de mirar el reloj mientras hacemos oración o meditamos sobre lo importante. Está, siempre ha estado, en nuestro poder, abrir espacio, dejar paso al silencio y detener el tiempo. </>

Recuperemos la esperanza en un mundo mejor, podemos empezar por buscar momentos de desaceleración tanto a nivel personal como corporativo.



Doctora en Filosofía por la Universidad Panamericana. Le interesan las relaciones entre retórica y filosofía moral, el humanismo indigenista y la filosofía novohispana.

Referencias

- Bauman, Zygmunt (2009). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Duch, Lluís (2018). *Vida cotidiana y velocidad*. Herder, Barcelona.
- Han, Byung-Chul (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder, Barcelona.
- Latouche, Serge (2009). *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*. Icaria, Barcelona.
- Rosa, Hartmut (2016). *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Katz editores, Buenos Aires.